

LAS TRES PEQUEÑAS LECHUZAS

Fredric Brown

Tres pequeñas lechuzas vivían con su madre en el hueco de un tronco en medio del bosque.

- Hijos míos - les decía la madre -, nunca, nunca debéis salir durante el día. Las lechucitas deben salir por la noche. Nunca cuando brilla el sol.

- Sí, mamá - respondieron a coro las tres pequeñas lechuzas.

Pero cada lechucita se decía a sí misma: «me gustaría probar alguna vez, para saber por qué no debo».

Mientras la madre permaneció allí para vigilarlas, la obedecieron. Pero un día la madre salió durante algún tiempo.

La primera lechucita miró a la segunda y le dijo:

- Hagamos la prueba.

Y la tercera lechucita las miró y dijo:

- ¿A qué esperamos?

Y salieron de su agujero en el tronco, a la brillante luz del sol en la que las lechuzas, cuyos ojos fueron hechos para la noche, no pueden ver bien.

La primera lechuza voló en dirección al árbol más próximo. Se sentó en una rama y parpadeó ante la brillante luz solar.

Entonces, ¡bang!, explotó una escopeta bajo el árbol y una bala arrancó una pluma de su cola.

- ¡Juuuuu! - chilló la primera lechucita y voló de regreso a casa antes de que el cazador pudiera hacer un nuevo disparo.

La segunda lechucita voló hasta el suelo. Parpadeó dos veces, miró a su alrededor, y justamente al volver la cabeza vio a una gran zorra roja salir de detrás de un matorral.

- ¡Grrrr! - exclamó la zorra, y saltó hacia la segunda lechucita.

- ¡Juuuuu - gritó la segunda lechucita y, apenas a tiempo, voló nuevamente hacia el árbol hueco.

La tercera lechucita voló tan alto como pudo. Cuando se cansaron sus alas se dirigió de regreso hacia el árbol hueco que era su hogar, y se posó en su rama más alta, para descansar.

Miró hacia abajo y vio un gran gato montés encogido en una rama del mismo árbol. El gato montés no descubrió a la tercera lechucita posada sobre su cabeza, porque vigilaba el redondo agujero negro del árbol, que representaba el camino al hogar y la seguridad para la tercera lechucita.

- ¡Juuuuu! - dijo la tercera lechucita, pero se lo dijo a sí misma para que no la oyera el gato montés. Miró a su alrededor en busca de un medio seguro para volver a casa.

Vio un árbol espinoso en las cercanías y voló hacia él. Rompió una espina con el pico y la sostuvo firmemente. Sin hacer ruido voló de regreso y clavó la aguda espina en una parte delicada del gato montés, con toda la fuerza que pudo.

- ¡Mewwwwwww! - gritó el gato. Trató de enderezarse para volverse hacia su agresor, y se cayó de la rama. Su cabeza golpeó la rama inferior y continuó su caída hasta aterrizar sobre la cabeza del cazador. Este dejó caer su

escopeta y se desplomó a tierra, mientras la escopeta se disparaba y tocaba a la zorra, que se escondía detrás de un matorral.

- ¡Juuuuu! - graznó la pequeña lechuza. Su pico le dolía mucho, porque había sostenido y clavado la espina con mucha fuerza, pero eso ya no importaba.

Entró orgullosamente en el árbol hueco y dijo a sus dos hermanas que acababa de matar a un gato montés, a un cazador y a una zorra.

- Quizá lo soñaste - sonrió la primera lechucita.

- Ciertamente, lo soñaste - coreó la segunda lechucita.

- Esperen hasta la noche y se los mostraré - reprendió la tercera lechucita.

El gato montés y el cazador sólo estaban aturcidos. Después de un rato, el gato montés volvió en sí y se escabulló. También despertó el cazador; encontró a la zorra abatida por el disparo de su escopeta cuando la dejó caer, tomó la presa y regresó a casa.

Cuando llegó la noche, las tres pequeñas lechuzas salieron del árbol.

La tercera lechucita miró y remiró, pero no pudo encontrar al gato montés, al cazador o a la zorra.

- ¡Juuuuu! - dudó -. Tenéis razón. Quizá lo soñé.

Todas estuvieron de acuerdo en que no era seguro salir cuando brillaba el sol, y que su madre tenía razón. La primera lechucita lo pensó así porque un cazador le disparó, y la segunda lechucita porque le asustó una zorra.

Pero la tercera lechucita pensó más que ninguna, porque el sueño que soñó le dejó su pico muy dolorido y le lastimaba tanto comer que pasó hambre todo el día.

Moraleja: De día, quédense en casa. Las sesiones matinales son peligrosas.

FIN

Enviado por Paul Atreides